

LA BUFALAGA

En Botánica se da el nombre de bufalaga a diversas especies de plantas timeláceas; son dicotiledóneas, con hojas alternas u opuestas, sencillas, enteras y sin estípulas; flores axilares o terminales, sin corolas y por fruto, bayas o cápsulas; algunas de sus variedades de la Sierra de Enguera presentan, al parecer, alto poder evacuativo.

No, verdaderamente, una gran amistad no existía, pero tanto había insistido *Contastino*, tan pesado se había puesto (*¡Mira, Jaime, que si no vienes me das un disgusto! ¡Jaime, que te espero sin falta! ¡Jaime, no me hagas ese desaire!*), que al ir a La Costera, para llevar a *Contastino*, unas puertas de calle (*¡Movila pura!*) que le había hecho, el tío Jaime, dio palabra de volver a casa de su amigo a pasar las fiestas del Santo Cristo, que se celebran en aquel pueblo el primer domingo de septiembre.

Además, y aun cuando no lo reconocía, había en su interior una curiosidad no manifestada de hacer su primer viaje en el autobús que Tomás Granero había comprado hacía unos días, un Hispano-Suiza que, decían todos, era una maravilla de cómodo y de rápido. Algo caro, eso sí, más que la tartana del Sacristán y el coche de mulas del Castellano, pero valía la pena de hacer el gasto y conocer la novedad de ir hasta Alcudia en automóvil.

Aquel sábado, a las cinco de la tarde, con el traje de los domingos y tres relucientes duros de purísima plata en el bolsillo del chaleco, el tío Jaime tomó asiento en el famoso autobús. Ni enganche de mulas, ni cosa semejante: unas vueltas de manivela en la parte delantera del motor, como para meter un taladro, unos petardazos, algo de humo y aquello, sin decir nadie *¡arrel!*, se puso en marcha, calle de San José abajo, para seguir por la carretera Vieja. Algo refunfuñó el tío Jaime al tener que entregar uno de los duros para pagar el billete, contando y recontando luego, las cuatro pesetas y perras que le dieron en el cambio; mas este momento doloroso fue prontamente anestesiado por la rapidez del viaje, pues aun cuando el Hispano jadeó y carraspeó en la subida del puerto de Alcudia, llegó con tiempo sobrado a la estación para tomar el tren que, muy puntual, transportó al tío Jaime al pueblo de destino.

Era ya de noche cuando entró en casa de *Contastino*. La mujer de éste, la Doloretas, le recibió con mucho alborozo, le hizo sentarse en una mecedora en medio de casa y mezclando valenciano y castellano —más del primero que del segundo— explicó que *Contastino* estaba terminando de regar, pero que a la hora del *sopar* tomaría. Un rato después, mientras el tío Jaime descansaba en el dulce vaivén de la mecedora, la anfitriona le trajo un botijo con agua fresca, para el calor del viaje, y cuando vio al tío Jaime de pie, empujando el botijo, vertiendo desde lo alto el rumoroso chorro en la entreabierta boca y oyó cloquear la garganta al paso del agua, súbita y alevosamente, la Doloretas, le soltó a quemarropa el escopetazo: *Tinc que anar a merca. ¿Vol amprarme un duro?* El tío Jaime sintió una total oclusión en la faringe; falta de respiración, se puso rojo, encendido; finalmente, hizo un gran esfuerzo, y el último sorbo de agua salió violentamente impelido, como un híbrido de geiser de Islandia y de sifón de taberna. Mas, hombre educado, venció un golpe de tos, dejó el botijo en la mesa, y tan pronto recuperó el habla, murmurando un correcto *¡perdón!*, lentamente, desgarrándose las vísceras, con la impavidez de un piel roja, sin exhalar un quejido, sacó una lustrosa moneda de cinco pesetas y la depositó en la pedigüeña mano de la Doloretas, pudiendo ver, antes de soltarla, que era un duro de los (por la posición de la figura) llamados *de la mano en el cul*.

El tío Jaime era un estoico; Guzmán el Bueno, en Tarifa, no pasó un trago tan amargo, mas en aquella casa nadie lo notó. Llegó *Contastino*, regresaron sus dos hijos *fadrís* y a todos saludó, con aparente alegría y jovialidad. Verdaderamente, jera mucho el tío Jaime!

Pasó la velada con aquella familia, y si bien durante la cena hizo discretas y sutiles alusiones a la extracción del duro, refiriendo historias de bandoleros del pasado, como el Tempranillo, o contemporáneos, cual el Chato de Chella, y citó lugares famosos, como la cueva de Alí-Babá y el huerto del Francés, nadie parecía que captaba la intención, pero a los postres la Doloretas sintonizó la onda y muy píamente replicó que también había gentes muy buenas, como Santa Rita Rita, que velaban por la seriedad de los tratos. El tío Jaime comprendió la embozada contestación sin pestañear, encajó la certera estocada e *in mente* se despidió del duro, como una madre del hijo que parte para las Cruzadas.

Al siguiente día, domingo, después de comer, pretextando el compromiso de terminar el comedor para unos novios, emprendió el regreso a Enguera, tras insistir mucho en que *Contastino* y la Doloretas le devolvieran la visita para el día de San Miguel. Mas ante la negativa cerrada de éstos, que alegaron mil razones, convinieron en que los dos muchachos de la casa irían a las fiestas.

II

En la mañana del 28 de septiembre, ante los ojos asombrados de su familia, el tío Jaime, sin dar explicación alguna, hizo cosas un tanto extrañas: Marchó a casa de Don

José el Gallet y volvió con un saco lleno de *simbolsas* (tiras de tejido cortadas al dejar el fleco a las manías). Luego, en un dormitorio del piso alto, que tenía una sola ventana recayente al corral, le metió varios clavos a las hojas, dejándolas perfectamente cerradas y sin posibilidad de abrirlas; finalmente, con su escalera de mano, subió a dicha ventana y cuidadosamente, como calafate con una barca, fue tapando con las *simbolsas* todas las juntas de las maderas, para que no penetrase luz en el interior; y verdaderamente que lo consiguió, pues cuando terminó su trabajo y volvió al dormitorio, pese a ser las doce de la mañana, el cuarto estaba totalmente oscuro: no había la menor claridad, pues aquella ventana estaba mejor cerrada que la escotilla de un submarino alemán. Satisfecho de su obra, el tío Jaime pasó el resto del día cuidando sus perdigotes y gozando de la holganza de la *Sanmiguelá*, hasta que a las nueve de la noche se presentaron los dos hijos de *Concastino*, que venían a pasar las fiestas. Los recibió muy cordialmente, y tras presentarlos a su familia, poco después pasaron todos a cenar, despachándose en la mesa los invitados —incitados por el tío Jaime— como dos leones al terminar la Cuaresma. Finalizada la cena, el tío Jaime entró en la cocina, según dijo, para preparar un *tomillet*, y poco después salió con tres humeantes tazas de infusión, y aun cuando los huéspedes manifestaban que no tenían costumbre, el tío Jaime les convenció de la bondad de sus hierbas y, finalmente, bien cargado de azúcar, el contenido de dos tazas, precisamente blancas, pasó al estómago de los forasteros, mientras el tío Jaime sorbía su taza, precisamente azul. Dieron luego los tres unas vueltas por la plaza de la Iglesia, donde la Música Nueva, dirigida por el maestro Ventura, daba el tradicional concierto. Tras ello volvieron a casa, alojando a los muchachos en el cuarto recayente al corral.

Sobre las cuatro de la madrugada las tazas de bufalaga, que, en dosis capaces de provocar carreras a una manada de elefantes, había suministrado el tío Jaime (con el inocente nombre de *tomillet*) a sus huéspedes, rompieron la barrera del sonido y primeramente fueron unas ráfagas de ventosidades capaces de inflar un zepelín, luego pasó la cosa a mayores y vino el magma líquido, la ardiente lava, que los muchachos, faltos de tiempo para impetrar la ayuda del tío Jaime y careciendo de recipiente idóneo en el cuarto, vertieron en el interior de las alforjas que habían traído con una muda de ropa. La violencia de la erupción fue decayendo, y sobre las siete de la mañana, extenuados, exprimidos como limones, los dos *tadrís* de La Costera, dormían profundamente.

Al mediodía, en el volteo de campanas, la gran potencia en decibelios de la Micaela —pese a las cautas medidas de insonorización y oscurecimiento tomadas por el tío Jaime— despertó a sus huéspedes, que, si bien no tenían reloj, sospecharon que era muy tarde; mas al no ver luz por las rendijas de la ventana, totalmente desorientados, tras muchas dudas, decidieron dar voces llamando al tío Jaime. Este esperaba la llamada desde hacía tiempo; rápido se desnudó, encendió su candil y llevando éste en la mano, descalzo, en camiseta y calzoncillos largos, entró en el cuarto de sus invitados, diciendo: *¿Qué os pasa, muchachos? ¿Estáis malos?* Y ante la negativa de éstos, añadió: *Esto es que extrañáis la cama. Descansad, que aún es de noche.* Tranquilizados aquéllos, se durmieron nuevamente. Al caer la tarde, otra vez despiertos, cansados de dar vueltas en la cama, hambrientos, y pese a que el tío Jaime hizo otra aparición, candil en mano y con equipo nocturno, al comprobar los de La Costera que la ventana estaba clavada, comprendieron la trampa, se vistieron y, sin despedirse de nadie, mascullando frases que no eran precisamente jaculatorias, salieron de la casa y emprendieron el regreso al pueblo, llevando al hombro las hinchidas alforjas, que penduleaban como botafumeiros.

III

Tampoco Pepe el Consumero, en aquellos momentos, cantaba villancicos. Sentado en un escalón de la Cruz de Piedra, a la salida del pueblo, con la apagada colilla en los labios, rezongaba: *¡Mira, que tocarme servicio el día de San Miguel! ¡Y que es el tercer año que me pasa! La Blasa, mi mujer, dice que no, pero estoy seguro que la culpa la tiene el Cabo, que me hace trampas con los turnos. Pero esto tiene que arrematarse. No he dimitido ya por la Blasa, que en esto sí que tiene razón cuando me dice: "Mira, Pepe, que el telar no te tira, que la tierra, con la úlsera que tienes, no te prueba. ¿Ande vas a estar mejor que en el fiolato?". Pero el Cabo un día me hará saltar, que toda la rabia que me tiene es que mi Blasa, de tadrina, recién venida de Chella, cuando servía en casa de Fillo!, le dio calabazas y después se casó con mí. Claro, como es chiracasacas y un lleponaz, lo han hecho Cabo, pero en cuanto salga diputau Testor, veremos quién es el Cabo... ¡Ahora, lo que me faltaba! ¡Las campanas, con el segundo toque para la prosección y sin venir el relevo! No, si yo al Cabo, un día, le partiré la boca... ¿De ande saldrán estos dos tolainos? Folasteros, a punto de salir San Miguel a la calle, y esta pareja carretera abajo. ¡Malo! Gitanos no son, van mudaus, feriantes tampoco pueden ser..., y con las alforjas pa reventar... ¡Eh! ¡Vosotros! ¡Tú! Dame la alforja, que meta la mano y palpe... ¡Puercos, más que puercos...! Luego dicen que los de Engra somos roñosos... Pues, ¿y los folasteros? Venga a bufar de dineros, que son unos bufonazos, y al final, vienen al pueblo a la higa, a matar el hambre, hartajonean to lo que pueden y, cuando se van, se llevan hasta su propia meque...*

FERNANDO PALOP FILLLOL